

15 céntimos el número



LA VELADA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año I.

Barcelona 5 Noviembre de 1892

Núm. 23

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.ª, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



RETRATOS DE LOS REYES CATÓLICOS EN LA FACHADA DE LOS ESTUDIOS MAYORES
Ó UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

SUMARIO

Texto. — Crónica, por B. — Viaje por España en 1492 (continuación), por JOSÉ RAMÓN MÉLIDA. — Rima, por GUSTAVO A. BECQUER. — El Monte de las Ánimas, por GUSTAVO A. BECQUER. — Recuerdos de un grande hombre (poesía) (continuación), por el DUQUE DE RIVAS (ilustraciones de APELES MESTRES). — Nuestros grabados. — Mesa revuelta. — Recreos instructivos. — Advertencias.

Grabados. — Retratos de los Reyes Católicos en la fachada de los Estudios Mayores ó Universidad de Salamanca. — Patio de la Alberca ó de los Arrayanes, en la Alhambra. — Espada de Boabdil. — La antigua Alhóndiga ó Casa del Carbón, en Granada. — País: Un cementerio, cuadro de MODESTO URGELL.

Crónica

HUBIERON de introducirse modificaciones en el itinerario de la familia Real en su viaje á Andalucía, por causa de la enfermedad que aquejó á S. M. el Rey. Gracias á la Providencia, don Alfonso XIII se repuso pronto, y la nación, que sintió inquietud por algunos momentos, aun cuando no hubiese motivo fundado para tenerla, abrió de nuevo el corazón á la alegría, regocijándose á cada noticia favorable que le traía el telégrafo ó publicaban los periódicos.

* * *

Brillantísimo ha sido el Congreso Católico, celebrado en Sevilla en la iglesia del Salvador al que han acudido ilustres prelados de la Iglesia española. El Excmo. é Ilmo. señor Arzobispo de Sevilla en la sesión inaugural pronunció un elocuente discurso sobre la misión de los congresos católicos, y dijo que la causa de éstos es santa, fecunda y necesaria; santa, porque los bendice Dios; fecunda, porque llevan la semilla de la propagación de la fe en Dios, cuyos resultados no se harán esperar, y necesaria, porque, siendo el Vaticano una verdadera cárcel á la que se han puesto guardias como si allí estuviese encerrado un criminal, conviene la unión de todos los católicos para rescatar al Sumo Pontífice y conseguir para el Papado la soberanía y la independencia que le corresponden por derecho divino y humano, y que le fueron indignamente arrebatadas. Añadió, además, el señor arzobispo, que cuando los librepensadores organizan congresos para negar á Dios, es fuerza que los católicos recojan el reto y que luchan con energía, valor, prudencia y caridad; santas palabras que acogió el Congreso con el aplauso que merecían. El mismo prelado manifestó que era muy justo que los católicos honrasen la memoria de Colón como hijo de la Iglesia, para la cual descubrió un nuevo mundo. Además de haber pronunciado discursos varios obispos y sacerdotes, hicieronlo también algunos seglares, entre ellos los doctos catedráticos don Manuel Durán y Bas, de la Universidad de Barcelona, don Francisco Simonet, de la de Granada, y don Manuel Sánchez de Castro, de la de Sevilla, todos los cuales fueron acogidos con calurosos aplausos, por la solidez de las doctrinas que sustentaron y por la elocuencia con que las expusieron. El espectáculo que ha ofrecido el Congreso Católico de Sevilla servirá de consuelo á los españoles, en su inmensa mayoría, que han visto con profundo disgusto el Congreso de librepensadores de Madrid. Bien hizo el gobierno en suspender las sesiones de éste, cerrando la boca de los que en él profirieron las mayores blasfemias, dando muestras al par de la más crasa ignorancia, y

mucho mejor hubiera obrado el Ministerio no consintiendo que llegara á reunirse el tal Congreso, ni que se anunciásen siquiera sus sesiones. El Congreso Católico de Sevilla, que es el tercero de los de su clase en España, envió su homenaje á S. S. el Papa León XIII, en el cual declaraba que sus individuos aceptan sumisos todas las amonestaciones y decisiones del Vaticano, y que protestarán siempre contra el inicuo despojo de que el Papa es víctima, y trabajarán igualmente para librarle de la innoble servidumbre á que se halla sometido. Los obispos que tomaron parte en el Congreso fueron al Alcázar á ofrecer sus respetos á S. M. la Reina Regente.

* * *

Y á propósito del Congreso Católico, hemos de hacer notar algunas de sus conclusiones, que demuestran una vez más cuán infundadamente los enemigos de la Iglesia han supuesto que era ésta opuesta á los adelantos científicos. Parece imposible que haya habido hombres que hayan sostenido semejante afirmación, cuando no podían ignorar que en todas las épocas el Cristianismo ha trabajado con afán en pro de la verdadera ciencia. ¿Quién en el caos de la Edad Media salvó los tesoros del saber de la antigüedad, sino los conventos cristianos? Léanse los títulos de los códices que figuraron en las bibliotecas monacales, y se verá el amplio criterio que aquellos insignes varones tenían en la admisión de obras. Virgilio figuraba en todas ellas, y fué muy leído en todos los siglos medievales. Siguiendo esta tradición nunca interrumpida, el Congreso Católico de Sevilla ha afirmado que la ciencia astronómica no se halla en pugna con el dogma católico, sino que, al revés, le presta valioso apoyo; ha reconocido que los modernos descubrimientos realizados en la geología, en la antropología y la prehistoria, lejos de oponerse á lo que enseña la Iglesia, confirman la narración mosaica, por lo cual resolvió propagar los estudios prehistóricos, fundando centros científicos y religiosos en cada diócesis. Esto es continuar la obra de sacerdotes tan sabios como los PP. Moigno y Secchi, glorias de la ciencia contemporánea, y de tantos otros que en el libro, en la revista y en la cátedra, se dedican al cultivo de la ciencia en todas sus manifestaciones, y en el sentido más elevado y trascendente.

* * *

Las fiestas de Colón en Madrid acabaron en punta, dejándose en suspenso para cuando regrese la Corte. Poca fortuna ha tenido Colón en los dominios del arte. No hay ningún cuadro inspirado verdaderamente sobre escenas de su vida; la música ha estado infeliz cuando ha tratado de poner en solfa sus hechos inmortales y principalmente el descubrimiento de América; los poetas chirles los han sacado en caricatura con sus desdichados partos, y hasta el arte decorativo del cartón y del talco no ha tenido fortuna en las tramoyas que ha arreglado en calles y en plazas con ocasión de las fiestas del Centenario. Por dicha, en medio de esta miseria, halló antes el insigne genovés algún poeta de veras que, como el duque de Rivas, supiera cantar su empresa en los *Recuerdos de un grande hombre*, con versos y conceptos dignos de ella. A Colón se le han dedicado fiestas en muchísimos puntos. Aparte de España é Italia, las ha tenido en los Estados Unidos, que ha solemnizado el Centenario con grandiosidad y largueza; en la isla de Madera, en donde se casó, y en Calvi, isla de Córcega, una de las poblaciones que reivindica la gloria de haber nacido en ella el ilustre navegante.

* * *

Italia pasa por un período electoral para la nueva Cámara de Diputados. Según parece poco diferirá ésta de su antecesora, aun cuando entren en ella 150 diputados nuevos. Los electores muestran poco entusiasmo. Se van cansando de la libertad y del radicalismo que había de traerles maravillas, al decir de ciertos políticos, y que, muy al contrario, les han conducido á la triste situación interior en que se encuentra aquel Estado. Muchos ayuntamientos, como dijimos ya en otra ocasión, se hallan próximos á la bancarrota; de otros se diría ya que están quebrados si los asuntos de los cabildos municipales se regulasen por el mismo criterio y por las mismas leyes que se emplean para los negocios particulares; las contribuciones y gabelas de toda especie tienen agobiado á todo el mundo y son causa de mayor pobreza todavía, especialmente en las comarcas y poblaciones rurales. El sufragio universal, que se proclamó como una panacea que había de curar todos los males, ha resultado ser, por lo contrario, una moderna caja de Pandora de donde van saliendo cada día todas las desdichas imaginables.

* * *

Por fin parece cierto que la desgraciada república de Venezuela va á encontrar algún reposo después de los azares de la guerra civil que por tanto tiempo la han afligido. Al fin ha triunfado el general insurrecto Crespo y ha hecho su entrada en Caracas después de haber derrotado completamente á las tropas del gobierno. En el Estado Mayor del general Crespo iban un general alemán y otro italiano. El resultado de que hablamos no se ha conseguido, conforme es de suponer, sin derramamiento de sangre. A la fecha de las últimas noticias no se tenían pormenores precisos del combate que se libró en Los Teques, aldea en el camino de hierro de Valencia, pero se sabía que fué decisivo y que habían sido destruidas ó dispersadas las tropas del gobierno, con pérdida de seiscientos muertos, y dejando, además, numerosos prisioneros. Al llegar á Caracas la nueva de la batalla, huyeron el presidente de hecho, señor Pulido, y los miembros del gabinete, quienes se embarcaron para dirigirse á la Martinica y de allí á París, al objeto de reunirse en este último punto con el ex presidente doctor Palacio, causa de todos esos males por haber querido prolongar su permanencia en el poder, como lo intentó igualmente Balmaceda en Chile. Dícese que Crespo, jefe de la causa *legalista*, es hombre hábil y valeroso.

* * *

La posibilidad de realizar grandes fortunas en la presidencia ó en los ministerios de las repúblicas Sudamericanas, explica los trastornos que en ellas ocurren con tanta frecuencia, promovidos por ambiciosos sin entrañas. Un periódico de Buenos Aires cuenta, en apoyo de lo que decimos, que Celmán economizó cien millones, suponemos que serán de pesos, en seis años; el general Roca, diez millones en otros tantos años, y Pellegrini ha podido reunir treinta millones en ocho años. Añade también que el ministro don José Gálvez juntó treinta millones en cinco años. Nuestros lectores harán sobre estas noticias los comentarios que son del caso.

* * *

Los ejércitos de Cataluña y de Aragón verificaron maniobras en la provincia de Lérida en el confín con las

aragonesas. El primero, mandado por el general Blanco, simulaba ser un ejército invasor extranjero, que se encontraba con el segundo, el cual representaba el ejército nacional que contenía la invasión al mando del capitán general de Aragón. Asistieron á las maniobras los generales Azcárraga, ministro de la Guerra, y Martínez de Campos. En todas las operaciones se pusieron de relieve las excelentes condiciones que reúne el soldado español para resistir las fatigas de la guerra. Lleváronse á cabo algunas marchas y se ejecutaron maniobras el 21 y 22 de Octubre, que exigieron gran resistencia en los jefes, oficiales y soldados, habiendo división que salió de sus cuarteles á las seis de la mañana y no volvió á acampar hasta la propia hora de la tarde del mismo día, á pesar de lo cual no contó ningún rezagado. Presenciaron las maniobras algunos oficiales generales extranjeros.

B

Viaje por España en 1492

II

GRANADA

(CONTINUACIÓN)

Por las crónicas sabemos que los Reyes Católicos no hicieron su entrada triunfal en Granada hasta el día 6 de Enero, fiesta de la Epifanía, que era cuando vencía el plazo de la entrega, según el convenio hecho en el año anterior con el rey moro. Sabemos también que la entrada revistió inusitada solemnidad; que delante iban seiscientos cristianos, llevando los hierros con que hasta entonces habían estado cautivos, y cantando letanías; detrás un vistoso tropel de caballeros; luego el príncipe don Juan, con el cardenal Mendoza y fray Hernando de Talavera, electo obispo de Granada; después la Reina con sus damas, el Rey con la nobleza, y por último el ejército castellano.

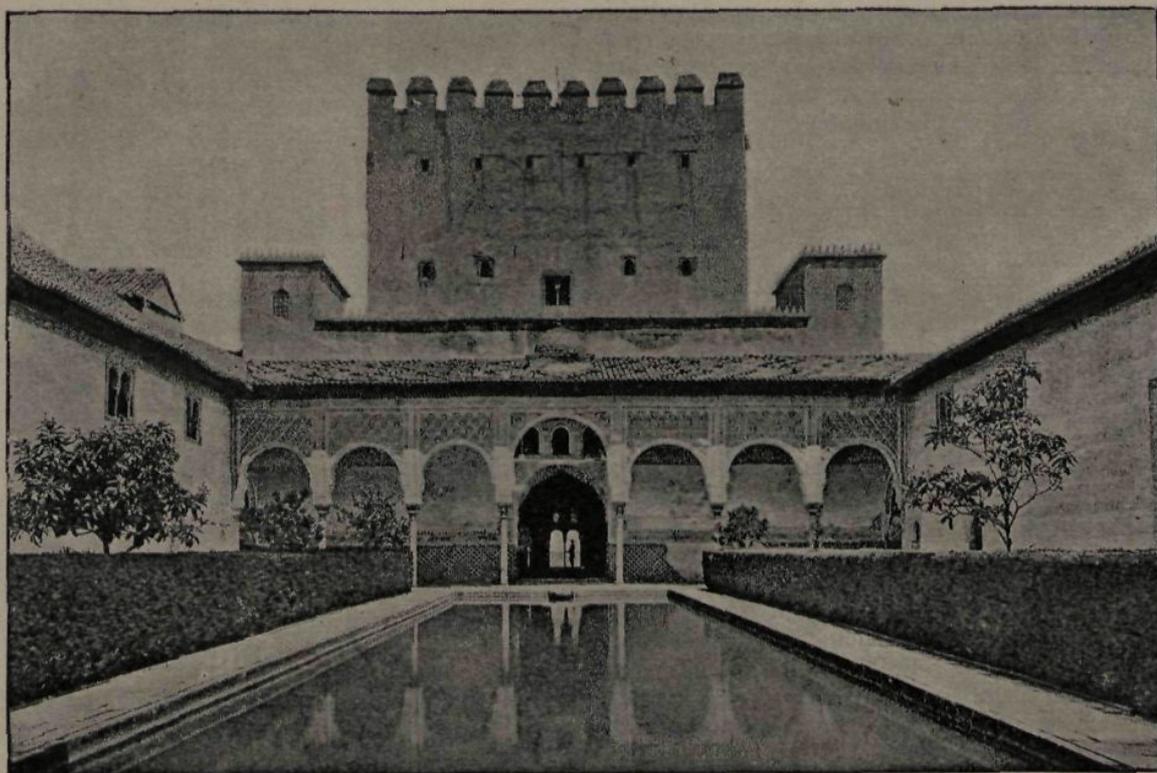
Esta entrada se hizo por la puerta de Elvira, llamada entonces *Bib Hadid* (puerta de hierro), que era la mayor y más importante del recinto de la ciudad, cuyo gran arco de herradura volteaba entre dos torreones de hormigón, material de que estaban hechas todas las murallas. Llamábase *de hierro* la puerta, porque de tal materia eran sus hojas, las cuales giraban entre dos arcos interiores que con el primero abrían paso al correspondiente patio de defensa cerrado por murallas laterales y abierto á la ciudad por otro nuevo arco. Sólo el arco exterior de esta puerta subsiste como recuerdo de aquella entrada solemne.

Los Reyes Católicos y su lucido acompañamiento entraron por la puerta de Elvira, y siguiendo las calles más importantes fueron á la Alhambra; cruzaron la ciudad de occidente á oriente; pero volviendo á cada paso, pues el trazado de la ciudad musulímica parecería caprichoso, si no supiéramos que los árabes huían de las calles anchas y rectas y de las plazoletas, porque no en balde eran hijos del Oriente y sabían por tanto lo que importa resguardarse del sol abrasador en un país meridional. No hacían ellos vida exterior, como los pueblos latinos; no eran para ellos las calles lugar de pasatiempo, sino medio de precisa comunicación. Por iguales razones eran las blancas fachadas de sus casas como rostros dormidos, pues apenas tenían ventanas, y éstas pequeñas y cerradas por celosías. La familia tenía su esparcimiento y su recreo en lo inte-

rior de la casa, en el patio, donde no faltaba el aljibe, y en los jardines, si fortuna había para tanto. Tal población no era mucho que los Reyes Católicos la encontraran como desierta, puesto que los moros que no estuviesen llorando su infortunio en los aposentos más recónditos de sus casas, presenciarían aquella toma de posesión á través de las espesas celosías de sus ventanas.

El largo cortejo debió extenderse y avanzar por aquellas calles angostas, serpeando por tan revueltas sinuosidades, atravesando los varios recintos que marcan todavía los sucesivos ensanches que experimentó la ciudad en sus seis siglos de incesante florecimiento. Debieron dejar á su izquierda el recinto del Albaicín, que es el que se halla más al Norte, cruzar el que contenía la alcazaba *Gidida* ó nueva, y la alcazaba *Cadina*, ó vieja, y pasando por alguno de los puentes el caudaloso *Calom*, ese río Darro cuyas

aguas arrastran oro, debieron de atravesar el recinto más antiguo, cerrado por murallas de hormigón con cubos redondos, recinto donde estaba el barrio de los judíos, hasta salir por la puerta de las *Torres bermejas* (así llamadas por el color de su argamasa) al camino de la Alhambra. Aquel conjunto de muros de fortificación, ó mejor de recintos, que se entrecruzaban formando á una y otra margen del río los perfiles de la *granada abierta*, donde el apretado caserío hacía las veces de los granos de la fruta; aquellas construcciones con sus jardines, cuyos árboles descollaban por encima de las tapias de cerramiento, con sus portadas y sus arcos angrelados, sus ajimeces calados y sus aleros de madera bien tallada; aquellos panoramas tan pintorescos que ofrecían los edificios, tanto por su desigual amontonamiento como por las desigualdades topográficas de una ciudad que asienta sobre cinco mon-



Patio de la Alberca ó de los Arrayanes, en la Alhambra

tes... todo ello debió ser grato á los conquistadores, mientras resonaba en sus oídos el victorioso toque de sus clarines cuyos ecos se extendían por toda la ciudad.

Llegados á la Alhambra los Reyes Católicos, ocuparon un solio que en el salón de embajadores, luego llamado de *Comares* les tenía preparado el conde de Tendilla, y dieron á besar sus manos á los magnates y nobles castellanos, y á los caballeros moros que quisieron rendirles homenaje. Este salón, donde tales reyes realizaron su primer acto solemne de dominio en la ciudad musulímica, es uno de los más preciosos del palacio de los Alhamares. Se halla al extremo norte del edificio, y del *patio de la Alberca* contiguo á la *sala de la barca*, y parece haber sido el que los reyes árabes emplearon para recibir á los embajadores extranjeros y á los personajes de su corte. Su construcción afecta al exterior forma de torre: torre cuadrada que gallardea sobre la escarpada vertiente por donde está amenazado de muerte el histórico pabellón y el endeble alcázar nazerita.

Cruzando por el borde de la gran alberca del patio,

donde los arrayanes embalsaman el ambiente, se pasa al fin una arquería peraltada y luego un arco estalactítico, que da entrada á la *sala de la barca*, ó sea á la antesala del salón de Embajadores. Esta antesala rectangular, cerrada por bóveda dorada, semicilíndrica, terminada por cuartos de esfera con sus muros cubiertos por adornos de yesería, y en el zócalo por alicatados, mostraba entre su ornamentación curiosas leyendas, entre las cuales se cuenta aquella en que Mohamed V, espléndido constructor de tan maravilloso palacio, recibe un parabién, tan cumplido como pudiéramos darle los admiradores de su obra, en los siguientes versos que se leen en su hornacina: «Has edificado un alcázar que no tiene igual, y que ha reunido en sí la excelsitud, de tal suerte que no hay grado de excel-situd que le aventaje; donde tiene su asiento el califato, de cuyas maravillas se referirán cosas extrañas, que guardarán las páginas de la historia.»—Dos puertas, pequeñas daban entrada, por esta sala, una á la escalera que subía á lo alto de la torre, otra á la escalera que conducía á ciertos

pasadizos subterráneos, género de comunicación á que fueron muy dados los árabes. En medio de estas dos puertecillas se abre la que da acceso al salón de Embajadores.

Éste es cuadrado, de once metros por lado, y alto de diez y ocho metros. Hay en el arco de entrada unas hornacinas con inscripciones. Su techumbre es de lacería de madera, lacería primorosa que forma un peregrino trazado geométrico, el cual forma en su desarrollo una serie de estrellas, con aquella lógica tan positiva y tan admirable que caracteriza las obras de los decoradores árabes. Porque no es de callar que ningún pueblo ha decorado de un modo más sabio, tomando por base la ciencia matemática, de la que casi puede decirse fueron ellos los descubridores. No es, como hoy se cree, un conjunto de caprichosos adornos, la decoración arábiga. Es un problema resuelto siempre con pasmosa precisión, con arreglo á un canon geométrico. No hay hoja ni tallo que no responda á su raíz; no hay cinta ni festón que no esté atada á su generadora. Todo trazado irradia de un centro, armónica y gradualmente, y vuelve sobre sí mismo sin solución de continuidad, como en la naturaleza todo vuelve al punto y al estado de su nacimiento. En el salón de Comares arranca la cúpula de una primorosa cornisa de almocárabes pintados; corre debajo de la cornisa una serie de ventanas arqueadas con lindas celosías; extiéndense debajo unas leyendas en que se glorifica al sultán por sus victorias; mézclanse luego lemas y labores de lacería doradas y policromas, y en las paredes; donde campean nuevos trazados geométricos con incrustaciones de piezas vidriadas, álzanse al frente y á los costados tres arcos en cada una, con columnas también vidriadas, que corresponden á otros tantos balcones con celosías de madera que velaban la luz, dando á la rica estancia peregrino misterio. Son tan espesos los muros, que cada uno de estos nueve huecos viene á ser una celdilla por cuyos lados se extiende el decorado. Este es más rico en el hueco que hace frente á la entrada, porque allí se colocaba el trono.

Ningún sitio más propio que aquél para que los Reyes Católicos se manifestaran dueños y señores de la última ciudad musulímica; ningún sitio más propio que aquél, donde los emires habían hecho ostensible su poderío. La torre de Comares, empinada en el punto más avanzado de la ciudadela, sobre Granada, era el eterno vigía, era el baluarte de honor desde el cual podía el rey velar por su pueblo.—Por eso nos dice la tradición, que cuando Boabdil andaba ya negociando con los cristianos la entrega de Granada, le dijo su madre Aixa, señalando por una de aquellas ventanas la ciudad: «Mira qué entregas; acuérdate que todos tus antepasados murieron reyes de Granada y que el reino acaba en tí.»

Temple singular debía tener la sultana madre, y grave contraste ofrece con Boabdil. Éste no sólo entregó la ciudad, sino que se entregó él mismo con humildad que delataba su débil espíritu, á pesar de que sólo tenía 30 años. Aixa no sólo no se quiso confesar rendida, sino que, cuando pasados algunos días en Santa Fe, se encaminaron madre é hijo, con los suyos, á la Alpujarra, donde tenían designada su nueva residencia, al ver que su hijo detenía la marcha de su caballo en cierto paraje, que por esto se ha hecho célebre, y daba el último adiós á Granada con suspiros y lágrimas, le reprendió con estas vigorosas palabras: «Haces bien, hijo mío, en llorar como mujer, ya que no has tenido valor para defenderte como hombre.»

De Boabdil se conservan unas armas cuyo excesivo lujo guarda no sé qué misteriosa relación con tan pusilánime espíritu. Por mucho tiempo se han tenido por suyas dos celadas que se conservan en la Real Armería y que no son ni españolas, como puede apreciarse por el carácter veneciano de su forma y de sus labores damasquinadas. Pero en cambio suyas fueron una espada, un estoque y un puñal, que conservan los marqueses de Villaseca, como preciado timbre de su antepasado el alcaide de los Donceles, don Diego Fernández de Córdoba,



Espada de Boabdil

quien las hubo en el botín apresado, juntamente con la persona de Boabdil, cuando éste sitiaba á Lucena en 1483. Iban esas armas en el equipaje del rey moro, con buenos escudos de los llamados adargas, que eran de ante, y su riqueza dice bien claro que sólo para un fastuoso monarca pudieron labrarse. La espada es de las que se usaban para montar á la jineta. Su empuñadura, de gavilanes caídos y vueltos hacia arriba, con cabezas de dragones, es de oro macizo, toda cubierta de adorno geométrico que forma en la caña, que es de marfil, lazos y cartelas con inscripciones, y en el pomo, que es esférico, con una graciosa punta, y en el *arriax*, estrellas de ocho y de cuatro picos, alternadas. Todos estos adornos, que se repiten en los cabos de la vaina y en las cantoneras del tahalí, están esmaltados de azul blanco y rojo, que con el oro

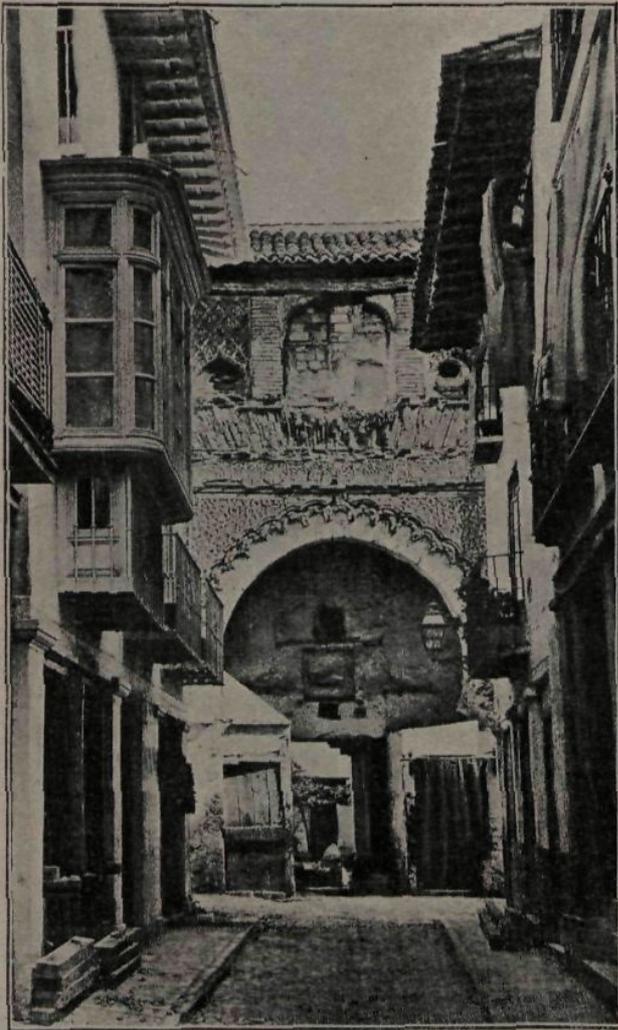
forma un conjunto de lo más rico y artístico. Por su estilo, no puede negar esta joya que es obra granadina, pues iguales trazados y colores se ven en las composiciones ornamentales de los muros de la Alhambra, que corresponde al tercero y último estilo del arte arábigo español, estilo fastuoso cual ninguno. Espada de corte, más bien que de combate parece, y sin embargo, aparte de las leyendas alcoránicas en que se ensalza y se glorifica á Dios, lleva este expresivo lema:

LOGRA TU FIN EN CONSERVARLE LA VIDA

El *estoque real* tiene más traza de arma de guerra, pues su empuñadura, de figura cilíndrica, es de acero con embutidos de marfil, formando lacerías, y en un tarjetón resalta el conocido lema:

SÓLO DIOS ES VENCEDOR

El puñal ó *gumia* es de acero, también con embutidos de marfil en el puño, y con labores é inscripciones damas-



La antigua Alhóndiga ó Casa del Carbón, en Granada

quinadas de oro en la hoja. Versículos alcoránicos son esas inscripciones, menos una en que está la firma del armero que hizo tal joya, y dice así: *Labrólo Reduán*. La vaina es no menos preciosa, de terciopelo carmesí bordado de oro, boquilla y contera de plata sobredorada, finamente labradas, y un borbón de cordoncillo de oro y seda carmesí.

De la entrada de los Reyes en Granada no nos queda

resto alguno, como no sea las cadenas de los cautivos, no sólo de Granada, sino de Málaga, Almería, Baeza, Alhama y otras plazas conquistadas á los moros por los Reyes Católicos. Estas cadenas, que se miran como trofeos de tales victorias, se hallan colgadas en los muros exteriores del ábside de la iglesia llamada de San Juan de los Reyes, en Toledo.

Quedaron los reyes don Fernando y doña Isabel instalados en la Alhambra y allí dictaron las disposiciones más importantes que habían de renovar la faz de la España, que desde entonces, realizada la unidad nacional, asombró al mundo con sus empresas y con sus adelantos. Aquellos alcázares dorados, que habían sido lecho de muerte para el poder musulámico, fueron ahora cuna afortunada de las glorias cristianas. — Allí se reunieron en torno de los Reyes las inteligencias más preclaras de la España de 1492.

Y por cierto que entre los cortesanos contábase á la sazón un hombre de humildes ropas y de porte extraño, que acaso era el único, entre tantos palaciegos, que no participaba del común entusiasmo por la conquista de Granada. Aquel hombre, que tenía puesta su inteligencia en cosas más altas, era Cristóbal Colón. Había llegado á Santa Fe á tiempo de presenciar la rendición de Granada, de cuyo hecho dice él mismo en su libro de navegación, *yo lo vide*; lo cual indica que, por lo menos, debió encontrarse en la solemnidad del día 6 y ser uno de los que besaron las manos á los nuevos reyes de la ciudad. Habíanle los Reyes dado espera para escuchar su pretensión hasta consumir aquella empresa. Colón esperaba, y sin duda que el día 6 debió serle grato, porque veía próximo el momento de que le oyeran y le ayudasen. Los Reyes Católicos bendecían á Dios porque les había hecho dueños de un reino; Colón, porque les hiciera dueños de un mundo.

(Continuará).

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA.



CERRARON SUS OJOS
 que aun tenía abiertos;
 taparon su cara
 con un blanco lienzo;
 y unos sollozando,

otros en silencio,
de la triste alcoba
todos se salieron.

La luz, que en un vaso
ardía en el suelo,
al muro arrojaba
la sombra del lecho;
y entre aquella sombra
vefase á intervalos
dibujarse rígida
la forma del cuerpo.

Despertaba el día,
y á su albor primero
con sus mil ruidos
despertaba el pueblo.
Ante aquel contraste
de vida y misterios,
de luz y tinieblas,
medité un momento:
«¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!!»

De la casa en hombros
lleváronla al templo,
y en una capilla
dejaron el féretro.
Allí rodearon
sus pálidos restos
de amarillas velas
y de paños negros.

Al dar de las ánimas
el toque postrero,
acabó una vieja
sus últimos rezos;
cruzó la ancha nave,
las puertas gimieron,
y el santo recinto
quedóse desierto.

De un reloj se oía
compasado el péndulo,
y de algunos cirios
el chisporroteo.
Tan medroso y triste,
tan oscuro y yerto
todo se encontraba.
que pensé un momento:
«¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!!»

De la alta campana
la lengua de hierro,
le dió, volteando,
su adiós lastimero.
El luto en las ropas,
amigos y deudos
cruzaron en fila,
formando el cortejo.

Del último asilo
oscuro y estrecho,
abrió la piqueta
el nicho á un extremo.
Allí la acostaron,
tapiáronle luego,
y con un saludo
despidióse el duelo.

La piqueta al hombro,
el sepulturero
cantando entre dientes
se perdió á lo lejos.
La noche se entraba,
reinaba el silencio;
perdido en las sombras
medité un momento:
«¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!!»

En las largas noches
del helado invierno,
cuando las maderas
crujir hace el viento

y azota los vidrios
el fuerte aguacero,
de la pobre niña
á solas me acuerdo.

Allí cae la lluvia
con un son eterno;
allí la combate
el soplo del cierzo.
Del húmedo muro
tendida en el hueco,
acaso de frío
se hielan sus huesos!...

¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?
¿Todo es vil materia
podredumbre y cieno?
¡No sé; pero hay algo
que explicar no puedo,
que al par nos infunde
repugnancia y duelo,
al dejar tan tristes,
tan solos los muertos!

GUSTAVO A. BECQUER (1).

El Monte de las Animas

La noche de difuntos me despertó á no sé qué hora el doble de las campanas; su tañido monótono y eterno me trajo á las mientes esta tradición que oí hace poco en Soria.

Intenté dormir de nuevo ¡imposible! Una vez aguijoneada, la imaginación es un caballo que se desboca y al que no sirve tirarle de la rienda. Por pasar el rato, me decidí á escribirla, como en efecto lo hice.

Yo la oí en el mismo lugar en que acaeció, y la he escrito volviendo algunas veces la cabeza con miedo, cuando sentía crujir los cristales de mi balcón, estremecidos por el aire frío de la noche.

Sea de ello lo que quiera, *ahí va*, como el caballo de copas.

I

—Atad los perros; haced la señal con las trompas para que se reúnan los cazadores, y demos la vuelta á la ciudad. La noche se acerca, es día de Todos los Santos y estamos en el Monte de las Ánimas.

—¡Tan pronto!

—A ser otro el día, no dejara yo de concluir con ese

(1) Gustavo Adolfo Becquer nació en Sevilla en 17 Febrero de 1836. Desde muy niño quedó sin padres, y su madrina se encargó de su educación. Una vocación literaria irresistible le llevó en 1834 á Madrid, donde pasó por todas las amarguras y privaciones de la pobreza, no remediadas con el mezquino sueldo de escribiente de una oficina, en la que estuvo poco tiempo. En la redacción de *El Contemporáneo* encontró el pan de cada día, y la notoriedad que le dieron sus admirables escritos en prosa. En compañía de su hermano Valeriano hizo varios viajes artísticos á Toledo, Soria, Ávila y otras ciudades españolas monumentales, afinándose así su gusto artístico. Murió en Madrid el 22 de Diciembre de 1870 cuando preparaba la primera edición de sus obras, que reimpréas después multitud de veces han dado á su autor una fama póstuma y universal mucho mayor que la que disfrutó en vida.

Según observa el P. Blanco García, de cuya *Literatura española en el siglo XIX* tomamos esta noticia, en Becquer, aunque andaluz de nacimiento, el ensimismamiento y la dulce melancolía que revelan sus obras no son propios de un artista meridional. Para expresar un afecto, sobre todo si tan hondamente radica en el ánimo como los de las *Rimas* (una de las cuales es la que acaban de leer nuestros lectores), no hay forma como la que en ellas se emplea, aérea, vaporosa y delicada, que se filtra imperceptiblemente en el espíritu. Se ha señalado á Becquer como imitador ó como ingenio hermano de Heine. Pero Heine es más grande y Becquer menos irreligioso.



PAÍS.—UN CEMENTERIO
CUADRO DE MODESTO URGELL

rebaño de lobos que las nieves del Moncayo han arrojado de sus madrigueras; pero hoy es imposible. Dentro de poco sonará la oración en los Templarios, y las ánimas de los difuntos comenzarán á tañer su campana en la capilla del monte.

— ¡En esa capilla ruinoso! ¡Bah! ¿Quieres asustarme?

— No, hermosa prima; tú ignoras cuanto sucede en este país, porque aun no hace un año que has venido á él desde muy lejos. Refrena tu yegua, yo también pondré la mía al paso, y mientras dura el camino, te contaré esa historia.

Los pajes se reunieron en alegres y bulliciosos grupos; los condes de Borges y de Alcudiel montaron en sus magníficos caballos, y todos juntos siguieron á sus hijos Beatriz y Alonso, que precedían la comitiva á bastante distancia.

Mientras duraba el camino, Alonso narró en estos términos la prometida historia:

— Ese monte que hoy llaman de las Ánimas, pertenecía á los templarios, cuyo convento ves allí, á la margen del río. Los templarios eran guerreros y religiosos á la vez. Conquistada Soria á los árabes, el rey los hizo venir de lejanas tierras para defender la ciudad por la parte del puente, haciendo en ello notable agravio á sus nobles de Castilla, que así hubieran solos sabido defenderla como solos la conquistaron.

Entre los caballeros de la nueva y poderosa Orden y los hidalgos de la ciudad fermentó por algunos años, y estalló al fin un odio profundo. Los primeros tenían acotado ese monte, donde reservaban caza abundante para satisfacer sus necesidades y contribuir á sus placeres; los segundos determinaron organizar una gran batida en el coto, á pesar de las severas prohibiciones de los *clérigos con espuelas*, como llamaban á sus enemigos.

Cundió la voz del reto, y nada fué parte á detener á los unos en su manía de cazar y á los otros en su empeño de estorbarlo. La proyectada expedición se llevó á cabo. No se acordaron de ella las fieras; antes la tendrían presente tantas madres como arrastraron sendos lutos por sus hijos. Aquello no fué una cacería, fué una batalla espantosa: el monte quedó sembrado de cadáveres, los lobos á quienes se quiso exterminar tuvieron un sangriento festín. Por último, intervino la autoridad del rey: el monte, maldita ocasión de tantas desgracias, se declaró abandonado, y la capilla de los religiosos, situada en el mismo monte y en cuyo atrio se enterraron juntos amigos y enemigos, comenzó á arruinarse.

Desde entonces dicen que cuando llega la noche de difuntos se oye doblar sola la campana de la capilla, y que las ánimas de los muertos, envueltas en jirones de sus sudarios, corren como en una cacería fantástica por entre las breñas y los zarzales. Los ciervos braman espantados, los lobos aullan, las culebras dan horriblos silbidos, y al otro día se han visto impresas en la nieve las huellas de los descarnados pies de los esqueletos. Por eso en Soria le llamamos el Monte de las Ánimas, y por eso he querido salir de él antes que cierre la noche.

La relación de Alonso concluyó justamente cuando los dos jóvenes llegaban al extremo del puente que da paso á la ciudad por aquel lado. Allí esperaron el resto de la comitiva, la cual, después de incorporárseles los dos jinetes, se perdió por entre las estrechas y oscuras calles de Soria.

II

Los servidores acababan de levantar los manteles; la alta chimenea gótica del palacio de los condes de Alcudiel despedía un vivo resplandor iluminando algunos grupos

de damas y caballeros que alrededor de la lumbre conversaban familiarmente, y el viento azotaba los emplomados vidrios de las ojivas del salón.

Solas dos personas parecían ajenas á la conversación general: Beatriz y Alonso. Beatriz seguía con los ojos, absorta en un vago pensamiento, los caprichos de la llama. Alonso miraba el reflejo de la hoguera chispear en las azules pupilas de Beatriz.

Ambos guardaban hacía rato un profundo silencio.

Las dueñas referían, á propósito de la noche de difuntos, cuentos temerosos, en que los espectros y los aparecidos representaban el principal papel, y las campanas de las iglesias doblaban á lo lejos con un tañido monótono y triste.

— Hermosa prima, exclamó al fin Alonso rompiendo el largo silencio en que se encontraban, pronto vamos á separarnos, tal vez para siempre; las áridas llanuras de Castilla, sus costumbres toscas y guerreras, sus hábitos sencillos y patriarcales sé que no te gustan; te he oído suspirar varias veces, acaso por algún galán de tu lejano señorío.

Beatriz hizo un gesto de fría indiferencia; todo un carácter de mujer se reveló en aquella desdeñosa contracción de sus delgados labios.

— Tal vez por la pompa de la corte francesa, donde hasta aquí has vivido, se apresuró á añadir el joven. De un modo ó de otro, presiento que no tardaré en perderte... al separarnos, quisiera que llevases una memoria mía... ¿Te acuerdas cuando fuimos al templo á dar gracias á Dios por haberte devuelto la salud que viniste á buscar á esta tierra? El joyel que sujetaba la pluma de mi gorra cautivó tu atención. ¡Qué hermoso estaría sujetando un velo sobre tu oscura cabellera! Ya ha prendido el de una desposada; mi padre se lo regaló á la que me dió el ser, y ella lo llevó al altar... ¿Lo quieres?

— No sé en el tuyo, contestó la hermosa, pero en mi país una prenda recibida compromete una voluntad. Sólo en un día de ceremonia debe aceptarse un presente de manos de un deudo... que aun puede ir á Roma sin volver con las manos vacías.

El acento helado con que Beatriz pronunció estas palabras turbó un momento al joven, que después de serenarse dijo con tristeza:

— Lo sé, prima; pero hoy se celebran Todos los Santos, y el tuyo entre todos: hoy es día de ceremonias y presentes. ¿Quieres aceptar el mío?

Beatriz se mordió ligeramente los labios, y extendió la mano para tomar la joya, sin añadir una palabra.

Los dos jóvenes volvieron á quedarse en silencio, y volvióse á oír la cascada voz de las viejas que hablaban de brujas y de trasgos, y el zumbido del aire que hacía crujir los vidrios de las ojivas, y el triste y monótono doblar de las campanas.

Al cabo de algunos minutos, el interrumpido diálogo tornó á anudarse de este modo:

— Y antes que concluya el día de Todos los Santos, en que así como el tuyo se celebra el mío, y puedes, sin atar tu voluntad, dejarme un recuerdo, ¿no lo harás? dijo él clavando una mirada en la de su prima, que brilló como un relámpago, iluminada por un pensamiento diabólico.

— ¿Por qué no? exclamó ésta llevándose la mano al hombro derecho como para buscar alguna cosa entre los pliegues de su ancha manga de terciopelo bordado de oro...

Después, con una infantil expresión de sentimiento, añadió:

— ¿Te acuerdas de la banda azul que llevé hoy á la

cacería, y que por no sé qué emblema de su color me dijiste que era la divisa de tu alma?

—Sí.

—Pues... ¡se ha perdido! Se ha perdido, y pensaba dejártela como un recuerdo.

—¡Se ha perdido! ¿y dónde? preguntó Alonso incorporándose de su asiento, y con una indescriptible expresión de temor y esperanza.

—No sé... en el monte acaso.

—¡En el Monte de las Ánimas! murmuró palideciendo y dejándose caer sobre el sitio; ¡en el Monte de las Ánimas!

Luego prosiguió con voz entrecortada y sorda:

—Tú lo sabes, porque lo habrás oído mil veces; en la ciudad, en toda Castilla, me llaman el rey de los cazadores. No habiendo aún podido probar mis fuerzas en los combates como mis ascendientes, he llevado á esa diversión, imagen de la guerra, todos los bríos de mi juventud, todo el ardor hereditario en mi raza. La alfombra que pisan tus pies son despojos de fieras que he muerto por mi mano. Yo conozco sus guaridas y sus costumbres; yo he combatido con ellas de día y de noche, á pie y á caballo, solo y en batida, y nadie dirá que me ha visto huir el peligro en ninguna ocasión. Otra noche volaría por esa banda, y volaría gozoso como á una fiesta; y sin embargo, esta noche... esta noche, ¿á qué ocultártelo? tengo miedo. ¿Oyes? Las campanas doblan, la oración ha sonado en San Juan del Duero, las ánimas del monte comenzarán ahora á levantar sus amarillentos cráneos de entre las malezas que cubren sus fosas... ¡las ánimas! cuya sola vista puede helar de horror la sangre del más valiente, tornar sus cabellos blancos ó arrebatarle en el torbellino de su fantástica carrera como una hoja que arrastra el viento sin que se sepa adónde.

Mientras el joven hablaba, una sonrisa imperceptible se dibujó en los labios de Beatriz, que cuando hubo concluido, exclamó con un tono indiferente y mientras atizaba el fuego del hogar, donde saltaba y crujía la leña, arrojando chispas de mil colores:

—¡Oh! Eso de ningún modo. ¡Qué locura! ¡Ir ahora al monte por semejante friolera! ¡Una noche tan oscura, noche de difuntos y cuajado el camino de lobos!

Al decir esta última frase, la recargó de un modo tan especial, que Alonso no pudo menos de comprender toda su amarga ironía; movido como por un resorte, se puso de pie, se pasó la mano por la frente, como para arrancarse el miedo que estaba en su cabeza, y no en su corazón, y con voz firme exclamó, dirigiéndose á la hermosa que estaba aún inclinada sobre el hogar entreteniéndose en revolver el fuego:

—Adiós, Beatriz, adiós. Hasta... pronto.

—¡Alonso! ¡Alonso! dijo ésta volviéndose con rapidez; pero cuando quiso ó aparentó querer detenerle, el joven había desaparecido.

A los pocos minutos se oyó el rumor de un caballo que se alejaba al galope; la hermosa, con una radiante expresión de orgullo satisfecho que coloreó sus mejillas, prestó atento oído á aquel rumor, que se debilitaba, que se perdía, que se desvaneció por último.

Las viejas, en tanto, continuaban en sus cuentos de ánimas aparecidas; el aire zumbaba en los vidrios del balcón y las campanas de la ciudad doblaban á lo lejos.

III

Había pasado una hora, dos, tres; la media noche estaba á punto de sonar, y Beatriz se retiró á su oratorio.

Alonso no volvía, no volvía cuando en menos de una hora pudiera haberlo hecho.

—¡Habrás tenido miedo! exclamó la joven cerrando su libro de oraciones y encaminándose á su lecho, después de haber intentado inútilmente murmurar alguno de los rezos que la Iglesia consagra en el día de difuntos á los que ya no existen.

Después de haber apagado la lámpara y cruzado las dobles cortinas de seda, se durmió: se durmió con un sueño inquieto, ligero, nervioso.

Las doce sonaron en el reloj del Postigo. Beatriz oyó entre sueños las vibraciones de la campana, lentas, sordas, tristesimas, y entreabrió los ojos. Creía haber oído, á par de ellas, pronunciar su nombre; pero lejos, muy lejos, y por una voz ahogada y doliente. El viento gemía en los vidrios de la ventana.

—Será el viento, dijo.

Y poniéndose la mano sobre el corazón, procuró tranquilizarse. Pero su corazón latía cada vez con más violencia.

Las puertas de alerce del oratorio habían crujido sobre sus goznes con un chirrido agudo, prolongado y estridente.

Primero unas, y luego las otras más cercanas, todas las puertas que daban paso á su habitación iban sonando por su orden, éstas con un ruido sordo y grave, aquéllas con un lamento largo y crispador. Después silencio, un silencio lleno de rumores extraños, el silencio de la media noche, con un murmullo monótono de agua distante, lejanos ladridos de perros, voces confusas, palabras ininteligibles, ecos de pasos que van y vienen, crujir de ropas que se arrastran, suspiros que se ahogan, respiraciones fatigosas que casi se sienten, estremecimientos involuntarios que anuncian la presencia de algo que no se ve, y cuya aproximación se nota, no obstante, en la oscuridad.

Beatriz, inmóvil, temblorosa, adelantó la cabeza fuera de las cortinillas y escuchó un momento. Oía mil ruidos diversos; se pasaba la mano por la frente, tornaba á escuchar: nada, silencio.

Veía, con esa fosforescencia de la pupila en las crisis nerviosas, como bultos que se movían en todas direcciones; y cuando dilatándolas las fijaba en un punto, nada, oscuridad, las sombras impenetrables.

—¡Bah! exclamó volviendo á recostar su hermosa cabeza sobre la almohada de raso azul del lecho; ¿soy yo tan miedosa como esas pobres gentes, cuyo corazón palpita de terror bajo una armadura, al oír una conseja de aparecidos?

Y cerrando los ojos intentó dormir... pero en vano había hecho un esfuerzo sobre sí misma. Pronto volvió á incorporarse más pálida, más inquieta, más aterrada. Ya no era una ilusión: las colgaduras de brocado de la puerta habían rozado al separarse, y unas pisadas lentas sonaban sobre la alfombra; el rumor de aquellas pisadas era sordo, casi imperceptible, pero continuado, y á su compás se oía crujir una cosa como madera ó hueso. Y se acercaban, se acercaban, y se movió el reclinatorio que estaba á la orilla de su lecho. Beatriz lanzó un grito agudo, y arrebujándose en la ropa que la cubría escondió la cabeza y contuvo el aliento.

El aire azotaba los vidrios del balcón; el agua de la fuente lejana caía, y caía con un rumor eterno y monótono; los ladridos de los perros se dilataban en las ráfagas del aire, y las campanas de la ciudad de Soria, unas cerca, otras distantes, doblaban tristemente por las ánimas de los difuntos.

Así pasó una hora, dos, la noche, un siglo, porque la

noche aquella pareció eterna á Beatriz. Al fin despuntó la aurora: vuelta de su temor, entreabrió los ojos á los primeros rayos de la luz. Después de una noche de insomnio y de terrores, ¡es tan hermosa la luz clara y blanca del día! Separó las cortinas de seda del lecho, y ya se disponía á reirse de sus temores pasados, cuando de repente un sudor frío cubrió su cuerpo, sus ojos se desencajaron y una palidez mortal descoloró sus mejillas: sobre el reclinatorio había visto sangrienta y desgarrada la banda azul que perdiera en el monte, la banda azul que fué á buscar Alonso.

Cuando sus servidores llegaron despavoridos á notificarle la muerte del primogénito de Alcudiel, que á la mañana había aparecido devorado por los lobos entre las malezas del Monte de las Ánimas, la encontraron inmóvil, crispada, asida con ambas manos á una de las columnas de ébano del lecho, desencajados los ojos, entreabierta

la boca, blancos los labios, rígidos los miembros, muerta; ¡muerta de horror!

IV

Dicen que después de acaecido este suceso, un cazador extraviado que pasó la noche de difuntos sin poder salir del Monte de las Ánimas, y que al otro día, antes de morir, pudo contar lo que viera, refirió cosas horribles. Entre otras, se asegura que vió á los esqueletos de los antiguos templarios y de los nobles de Soria enterrados en el atrio de la capilla, levantarse al punto de la oración con un estrépito horrible, y caballeros sobre osamentas de corceles, perseguir como á una fiera á una mujer hermosa, pálida y desmelenada, que con los pies desnudos y sangrientos, y arrojando gritos de horror daba vueltas alrededor de la tumba de Alonso.

GUSTAVO A. BECQUER.



RECUERDOS DE UN GRANDE HOMBRE

(CONTINUACIÓN)

IV

TIEMPO PERDIDO

DEJANDO atrás á Granada,
 en cuyas torres el viento
 ya la cruz triunfante adora
 entre cristianos trofeos,
 y dejando atrás la corte
 de los hispánicos reinos,
 donde tristes desengaños
 cogió y amargos desprecios,
 va el genovés navegante,
 va el portentoso extranjero

en una mula de paso
 hacia Córdoba derecho;
 sin volver atrás los ojos,
 pobre, abatido y enfermo.
 Sale de la hermosa vega
 que le parece el infierno.
 Lleva en su faz las señales
 del infortunio y del tiempo,
 que los años y desgracias
 dan con un bronce en el suelo.
 Seis años cuenta perdidos
 desde que llegó al convento
 de la Rábida, y el nombre
 quiso hacer de España eterno.
 Y sus esperanzas todas,
 y todos sus pensamientos,
 disipadas mira en humo,
 en polvo mira deshechos.

De la insigne Salamanca
 los doctores y maestros,
 más bien que examinadores
 jueces inflexibles fueron,
 y le trataron altivos,
 aunque era más sabio que ellos
 no cual docto que consulta,
 sino cual convicto reo.

Sus geométricas verdades
 por respuesta hallaron textos,
 sus cálculos silogismos,
 sus demostraciones ergos.

Y aunque varios religiosos
 de San Esteban (colegio
 donde fué la conferencia)
 que eran sabios verdaderos,

si comprender no lograron
al inspirado extranjero,
lo escucharon con asombro
y su importancia advirtieron;
los más, cual siempre acontece,
arrollaron á los menos,
y sobre un hombre tan grande,
y sobre un tan gran proyecto
informaron á la corte
con el más alto desprecio,
de visionario y de loco
prodigándole dictérios.

El no entendido más firme
en sus altos pensamientos,
de su plan el contradicho
más convencido y más cierto;

de sí mismo más seguro
mientras halla más tropiezos,
y nuevas fuerzas cobrando
de su propio abatimiento:
del genovés navegante
parece el alma de acero,
escollo inmóvil que arrostra
siglos, rayos, olas, vientos.

Pero no quiere que España
acoja ya sus esfuerzos,
ni que las ventajas logre
de tales descubrimientos.

Y á Córdoba despedido
veloz regresó, resuelto
de irse á buscar á otra corte
para realizarlos medio.

Mas doña Beatriz Enríquez
y el fruto inocente y tierno
de sus plácidos amores,
detenerle aún consiguieron.

Eslabones más tenaces
que los de forjado hierro,
y con que á aquel hombre insigne
ató á mi patria el Eterno.

—
El genovés, obligado
por las prendas de su afecto
á no abandonar á España,
buscó en ella rumbo nuevo;
y partió con gran reserva
de Santa María al puerto,
que era del inclito duque
de Medinaceli feudo,
á buscar su patrocinio
y á ofrecerle ignotos reinos.
El duque con grandes honras
le acogió y con sumo aprecio,
y ya preparaba naves
propias suyas, y dinero
con que el hombre extraordinario
llevase á cabo su intento:

cuando de la corte tuvo
aviso de que con ceño
y con envidia y sospechas
miraba el rey sus aprestos.

Suspendiólos advertido,
y exhortó con noble celo
al piloto, á que á la corte
y al rey regresase luego.

—
A la inexorable suerte
que sus más vivos anhelos
contrariaba, y le tenía
atado al hispano suelo,
tuvo el genovés constante
que humillarse con despecho;
y tornó á la hispana corte
y en ella á luchar de nuevo.

El mismo rey don Fernando,
que no quedó satisfecho
del salamanquino informe,
lo maneja astuto y diestro;
le halaga con esperanzas
(que detenerle es su objeto),

hasta que la infiel Granada
rinda á sus plantas el cuello.

Siguió aburrido á la corte
el soñador extranjero,
de aquella famosa guerra
presenciando los progresos.

En el asalto de Baza,
de Málaga en el asedio,
en otras altas acciones,
y en muchos duros reencuentros,
discurrió como perito,
se mostró cual caballero,
combatió como cristiano
y se portó como bueno.

—
De la opulenta Granada
rendirse el poder soberbio
presenció en fin, de Castilla
y de Aragón al esfuerzo.

Y de las regias ofertas
llegado el plazo creyendo,
con más tesón y energía
llamó la atención de nuevo.

Mas en vano, otras consultas
y otros plazos le han propuesto,
que los gastos de la guerra
tienen el tesoro yermo.

Conque de toda esperanza
perdidos los fundamentos,
dejar á España de veras,
de veras tiene resuelto.

Ni aun de Alonso Quintanilla
se ha despedido, temiendo
que elocuente y amistoso
aún pretenda detenerlo.

Y hacia Córdoba camina:
seguro de que los ruegos
de doña Beatriz Enríquez
no han de hacer mella en su pecho.

Nada ya, nada en el mundo
le detiene, no hay remedio.
¡Oh, cuánto poder y gloria
pierde España con perderlo!

En su acalorada mente
tanto agravio recorriendo,
y ansioso ya de encontrarse
en la corte de otro reino,
aguija la tarda mula,
no le permite resuelto,
ya de Pinos de la Puente
llega al miserable pueblo,
y sin detenerse pasa
el despeñado riachuelo,
que entre riscos y entre juncias
va de Genil al encuentro.

—
Sigue adelante el camino,
cuando detrás, el estruendo
de un caballo que galopa
oye resonar violento,
y alcánzale á pocos pasos,
en un cordobés overo,
de sudor cubierta el anca,
blanco de espumas el pecho,
arrogante y decidido
un atildado mancebo,
vestido un rico tabardo
de carmesí terciopelo,
con castillos y leones
de plata y oro cubierto,
y un penacho rojo y jalde
volando sobre el sombrero.

Era un paje de la Reina,
que al punto reconociendo
á la persona á quien busca
en el piloto extranjero,

le dice en voz alta: «Amigo,
atrás volved luego, luego,
pues de que sin vos no torne
orden terminante tengo.»

El genovés irritado
para la mula de presto;
pone la mano en la espada
y dice con gran denuedo:

«Antes que la rienda vuelva
me dejaréis aquí muerto;
basta, ¡vive Dios! de burlas,
á España nada le debo.»

Desconcertóse al mirarlo
tan decidido y dispuesto
el paje, que le responde:

«Ni me burlo ni os ofendo;
pues la Reina, mi señora,
me ha mandado deteneros,
y que á su presencia os lleve,
ved si obedecerla debo.»

Bastó el nombre de la Reina
para un trastorno completo
del navegante ofendido
hacer en cabeza y pecho,

que era nombre á quien tan alto
prestigio dió el mismo cielo,
que allanara un alto monte,
que domara el mar soberbio.

Á tal nombre sus agravios,
todos sus resentimientos,
todos los años perdidos,
y todos sus planes nuevos
el genovés olvidando,
abre palpitante el pecho
á tan vehemente esperanza,
á porvenir tan risueño,
que le parece aquel paje
ángel bajado del cielo,
y en éxtasis delicioso
queda inmóvil y suspenso.

Jamás conseguido había
explicar su alto proyecto,
de la gran Reina delante,
y ahora ve ocasión de hacerlo.

Por lo que, rompiendo al punto
aquel rato de silencio,
lleno de vida el semblante,
responde al mudo mancebo:

«Pues doña Isabel lo manda
voy con vos y la obedezco.»
Y revolviendo la mula
sigue detrás del overo.

DUQUE DE RIVAS.

(Continuará).



NUESTROS GRABADOS

Retratos de los Reyes Católicos en la fachada de los Estudios Mayores ó Universidad de Salamanca

Salamanca, una de las ciudades monumentales de España, guarda en su recinto preciosos edificios del estilo plateresco español, de ese estilo en el cual, dentro de las líneas generales del gótico, campean los elementos decorativos del Renacimiento, y que tan genuino es de nuestra tierra. La portada de los Estudios Mayores ó Universidad figura en el número de los aludidos edificios, y á todos quizás se adelanta en primor y prolijidad en las labores, en la riqueza del conjunto y en buen gusto artístico. Lo verán nuestros lectores por medio del fragmento que damos en este número, que comprende algunas cláusulas de aquella rica portada, en las que se ven circunscritos en medallón los retratos de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, en la colocación misma en que se hallan puestos en la dobla de oro y en otras monedas de su tiempo. La vida y la expresión de ambos retratos, que llega á verse hasta en una reproducción diminuta, dicennos que han de ser verdaderos trabajos escultóricos iconográficos, realizados por alguno de los insignes imagineros que á fines del siglo XV y comienzos del XVI enriquecieron con magníficos altares y con admirables sepulcros las catedrales, monasterios, colegiatas é iglesias todas de España. Mirando el medallón se advierte que los dos monarcas están asidos á un cetro único, como emblema sin duda de poder indivisible y de voluntad inseparable. Asegúrase que esta fachada costó treinta mil ducados, y hay quién indica que acaso pudo trazarla y labrarla Enrique de Egas, que en Santa Cruz de Valladolid y en Santa Cruz de Toledo, había ya probado su inventiva y la gallardía de su cincel en el estilo plateresco. Los Estudios Mayores de Salamanca se empezaron á levantar de nueva planta en 1415 y se acabaron en 1433, siendo el maestro que los hizo Alonso Rodríguez Carpintero. Reyes y príncipes los favorecieron desde sus comienzos, pero las dádivas de éstos quedan eclipsadas ante la augusta protección que les dispensaron los Reyes Católicos.

País.—Un cementerio

CUADRO DE MODESTO URGELL

El laureado autor de *La Oración de la tarde* es un paisajista poeta. Todas sus obras están impregnadas de una dulcísima poesía, que principalmente aparece en los celajes. En tratarlos es maestro de veras Modesto Urgell. ¡Cómo sabe sorprender las fugaces líneas de las nubes, sobre todo en los crepúsculos matutino y vespertino! ¡Con qué magia de pincel sabe reproducir las variadísimas tintas y los más variados reflejos que el cielo presenta en aquellas horas de la mañana y de la tarde! ¡Qué potencia de luz en los celajes de sus más celebrados cuadros! ¡Qué ambiente hay en ellos! El paisaje en todos ellos se halla en cabal armonía con el firmamento. En él domina casi siempre una línea, y la sencillez del motivo le imprime grandiosidad, no siendo obstáculo esta sencillez para que el artista haga gala de su habilidad y casi diríamos, de su ciencia, en reproducir la tierra, las rocas, el agua, los caseríos, los árboles, etc., con una verdad encantadora y con asombrosa simplicidad de recursos. Urgell recuerda en algunas ocasiones al famoso paisajista francés Corot; en otras, sus celajes pueden colocarse al lado de los de Millet, el autor de *L'Angelus*, no menos insigne y celebrado. A ninguno de ellos copia no obstante, antes se muestra original y con fisonomía propia, teniendo verdadera personalidad en la pintura española contemporánea.

El cuadro que en este número reproducimos ha de colocarse, á nuestro juicio, entre los mejores que Urgell ha pintado. Todo en él es imponente. La línea horizontal que domina en el país, la sobriedad de los medios empleados por el artista, la rusticidad conmovedora del modesto cementerio de aldea. Interpretado todo ello con la maestría peculiar del autor, cobra interés por la perspectiva aérea, que es irreprochable, por el celaje lleno de la poesía á que antes nos hemos referido, como lo está todo el cuadro. Un sentimiento de melancolía aparece en todo, mas de dulce melancolía, que subyuga al ánimo, y le es grata como aquella de que habla el santo autor de *La Imitación de Cristo*, llegando á considerarla pecaminosa, cuando el espíritu se deja vencer demasiado por ella. Despierta el cuadro la idea de la muerte, mas no de la muerte que acaba con todo, según el materialista, sino de aquella que es principio de nueva vida, de aquella que es origen de paz eterna y de luz eterna, como lo dicen los sublimes versículos de la *Prosa de difuntos*. Algo de lo que expresamos sentirán nuestros lectores, si atentamente contemplan la reproducción de *Un Cementerio* que forma parte de este número, y que da idea muy exacta de esta interesante obra del distinguido paisajista catalán.

Mesa revuelta

Los viñedos que se cultivan en Europa ocupan una superficie de 9.189,561 hectáreas, mientras que los del resto del globo apenas alcanzan 392,000. Italia es el país que figura en primer lugar por su riqueza vinícola, pues cultiva 3.430,000 hectáreas; Francia sigue en segundo lugar con 1.837,000. En España los viñedos ocupan 1.605,000 hectáreas; en Austria Hungría 655,000, y en Alemania tan sólo 120,000, comprendiéndose en dicha cifra las 34,000 hectáreas que se cultivan en Alsacia y Lorena.

El promedio de producción anual de vino en Europa alcanza muy cerca de 117.311,000 hectólitros, y en las otras partes del mundo se cosechan 4.886,000. Italia produce 31 millones, Francia 27, España 27, Austria Hungría 9.841,000, Alemania 2.350,000 y Suiza 992,000. Argelia es el país de más producción vinícola, de los situados fuera de Europa, pues alcanza 2.500,000 hectólitros.

Bajo el punto de vista de la exportación España figura en primera línea, pues exporta 9 millones de hectólitros, que representan la suma de 300 millones de pesetas aproximadamente. Francia sólo exporta 2.500,000 hectólitros, pero su valor alcanza la enorme suma de 251 millones de francos. Italia ocupa el tercer lugar con 2 millones de hectólitros, que representan unos 70 millones de francos. Los 731,000 hectólitros de Austria Hungría representan 43 millones de francos. Por último, Alemania exporta 193,000 hectólitros y Suiza 21,000.

Desde 1881 hasta 1891 los viñedos franceses disminuyeron en un millón de hectáreas (ó sea de 2.700,000 hectáreas á 1.700,000 aproximadamente). En 1881 la cosecha en Francia fué de 34.900,000 de hectólitros, en 1889 de 23.000,000 y en 1891 de 30.000,000, que valen 1,009.000,000 de francos, ó sea un promedio de 33 francos 60 céntimos el hectólitro.

La exportación de vinos franceses alcanzó en 1881 2.600,000 hectólitros; disminuyó en seguida á 2.100,000 y fué en 1891 de 1.800,000.

La importación en Francia de vinos españoles, portugueses, de Argel y de Túnez desde 1881 hasta 1887 subió de 7.800,000 hectólitros hasta 12.300,000 y en estos últimos años ha alcanzado la suma de 10 á 11 millones.

Por fin, para terminar esta curiosa estadística, diremos que, según cálculos que se han practicado, un español consume 115 litros de vino durante el año, un griego 109, un belga 104, un portugués bebe 96 litros, un italiano 95 y un francés 94.

El suízo consume 61 litros, un rumano 52 y un chipriota 51. En Austria Hungría el consumo alcanzó á 22 litros por individuo, en Alemania tan sólo 6, en Bosnia 5, en Rusia 3 y en los Países Bajos y la Gran Bretaña 2.

Un danés bebe un litro por año al igual que un noruego; un sueco medio litro ó sea media pinta al año.

* * *

El famoso Pablo Jones, queriendo pagar sus innumerables trampas, empezó por satisfacer las llamadas *deudas de honor*. Preséntase un artesano acreedor con su cuenta, pendiente de hacía meses, y el deudor le dice:—Amiguito, no tengo dinero.—Pues yo sé que esta mañana habéis pagado á otros acreedores cuyos créditos no son por cierto

de mejor condición que la cuenta de mis trabajos y sudores...—Ya, pero eran *deudas de honor*.—Pues bien, la mía va á serlo (y esto diciendo tira á la chimenea la cuenta, con el reconocimiento de la deuda que lleva al pie). Luego que acabó de arrojar el papel, dijo Pablo Jones:—Tienes razón; ahora tu deuda es de *honor*. Ahí tienes el importe de tu cuenta.

* * *

Cuando el célebre conde de Maistre, ministro de Cerdeña en la corte de Rusia, llegó á San Petersburgo, hablando del carácter nacional, con un colega suyo díjole éste: «Querido conde, este país, en el que vivo hace mucho tiempo, en un solo punto es para mí enigmático. En general el pueblo ruso es excelente, dulce, hospitalario, caritativo, muy fino é inteligente; pero á pesar de ello cuando ocurre un accidente en la calle, los espectadores permanecen impasibles, y lo contemplan sin que se les ocurra prestar ningún auxilio; por mi parte no acierto á explicarme esta singularidad de un carácter que contrasta extraordinariamente con la bondad de los rusos: pronto tendréis ocasión de observarlo en los paseos que deis por ahí.»

M. de Maistre, deseoso de observar un país nuevo para él, se le ocurrió hacer un experimento por su cuenta y riesgo. Acababa de establecerse el servicio de trineos, y al tomar uno dijo al cochero: «Iwan, ejercítate en el patio de mi casa en hacer volcar el trineo sin peligro alguno para el pasajero.» A la mañana siguiente, Iwan anunció á su excelencia que podía echarle sobre la nieve como sobre un lecho de pluma. A medio día, envuelto el conde en su abrigo, se hizo conducir frente á la iglesia de Malta situada en un barrio muy populoso. A una señal convenida, el cochero hizo caer del trineo á su señor, y éste, echado en el suelo fingió á las mil maravillas que habiéndose lastimado sufría mucho. La multitud le rodea en seguida, pero permaneciendo á cierta distancia, y ni uno solo de los espectadores le ofreció su brazo para ayudarle á levantarse. Había resuelto que ésta prueba durara por espacio de dos minutos, y cuando creyó que ya habían transcurrido, se levantó y saludó á los curiosos con un *bladacti* (muchas gracias). Los espectadores prorrumpieron en grandes carcajadas. Luego el conde, satisfecho de su experimento y después de haber regresado á su casa, dijo á su secretario: «Tome usted nota de que este pueblo observa una completa neutralidad con respecto á las víctimas de un accidente en las calles.»

* * *

Para unir los fragmentos de cristal y los de porcelana se prepara una mezcla de clara de huevo y cal en cantidad proporcionada para constituir un cemento aglutinante, el cual debe ser usado luego en la preparación, pues al poco tiempo se endurece, y por lo tanto pierde sus propiedades aditivas.

* * *

Para perforar el vidrio y el cristal se prepara una disolución de alcanfor en esencia de trementina; se toma una lezna ó una barrenilla, se calienta fuertemente la punta hasta que se enrojezca y se introduce en mercurio, lo cual le da una dureza extraordinaria. Después de esto se introduce la punta en la disolución de alcanfor, y se aplica al vidrio lo mismo que si fuera madera, teniendo cuidado de humedecer la punta de cuando en cuando hasta conseguir el taladro.

* * *

La soledad es al espíritu lo que la dieta al cuerpo.—
VAUVENARGUES.

* * *

Nada hagas que tu enemigo no pueda saber.—SÉNECA.

* * *

Fíate siempre más de los que te necesitan, que de aquellos á quienes has hecho favores.—GUICHARDIN.

* * *

Siempre conviene saber la verdad, pero no siempre es prudente decirla á todo el mundo.—PALISSOT.

* * *

Solamente en dos ocasiones has de hablar:

1.º Cuando sepas de fijo lo que vas á decir.

2.º Cuando no lo puedas excusar. Fuera de estos dos casos, es mejor el silencio que la plática.—ISÓCRATES.

* * *

Si dices cuanto te acomoda, tendrás que oír cosas que no te acomodarán.—CHILORO (DE LACEDEMONIA).

* * *

La escena política jamás queda desocupada: bueno ó malo, el espectáculo no cesa nunca, y este teatro no se cierra, ni suspende sus funciones, ni tiene entreactos: no obstante, sus actores no conocen el cansancio, ni dejan el escenario sino cuando de él se les arroja.—R. B.

Recreos instructivos

Solución á la charada anterior:

NA-TU-RA

Solución al entre-ríos:

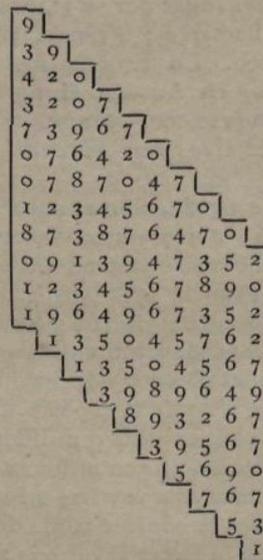
MARNE
INDUS
SENA
SAAL
IRTICH
SAVE
IANG-Tsé
PÓ
IENISSEI

CHARADA

Primera es un hombre inglés;
segunda es género claro,
además de un mono raro;
lector, ¿la solución ves?

UN CAROLINO.

MAZACOTE NUMÉRICO



1.ª línea, letra; 2.ª, nota; 3.ª, música involuntaria; 4.ª, mujer y flor; 5.ª, base de muchos edificios; 6.ª, personajes divinos; 7.ª, personaje profano; 8.ª, velos tupidos; 9.ª, minas musicales; 10, factotum; 11 (solución); 12, lo que ha pasado; 13, líquido rojizo; 14, nombre de mujer; 15, alto personaje; 16, ciudad heroica; 17, una mujer excepcional; 18, nombre de virgen; 19, nombre de madre; 20, lo que hacen los peregrinos; 21, letra.

Comunicado por don F. BLANCH, de Barcelona.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y anti-güedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios para reproducirlas en *La Velada*, siempre que, á nuestro juicio, sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.ª*, Editores, Cortes, 221 y 223, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados todos los derechos artísticos y literarios.—IMP. ESPASA Y COMP.ª

MONASTERIO RESIDENCIA DE PIEDRA

AGUAS MINERALES DE LA PENA
eficaces para el Hígado, Anemia, Nervosismo, Dispepsia, etc.

NATURALEZA ESPLÉNDIDA
12 grandes cascadas. Grutas. Ambiente seco. Temperatura primaveral en el rigor del verano. SANATORIUM

TEMPORADA: DEL 15 DE MAYO AL 15 DE OCTUBRE
HOSPEDERÍA Y FONDA—BUENA MESA—PRECIOS ECONÓMICOS

Para más informes dirigirse al Administrador del Establecimiento de PIEDRA (por Alhama de Aragón)

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA
funcionando sin ruido

PATENTE DE INVENCION

**VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
AL CONTADO Y Á PLAZOS**

— 18 bis, AVINÓ, 18 bis.—BARCELONA—